María Teresa Cortés

LA DANZA DEL AGUA

Arroyo de la Miel
Sig.: BEN 82-3 COR dan
Tít.: La danza del agua
Aut.: Cortés, María Teresa
Cód.: 1004123976 R.45176 FL

BEN
82-3
COR
dan

6
islas del recuerdo
CORONA DEL SUR
MÁLAGA, 2001

LA DANZA DEL AGUA

islas del recuerdo
es una colección de:

EDITORIAL CORONA DEL SUR
Jaime Serrano, 2
29014-Málaga
(ESPAÑA)
Tlf. y fax: 95 225 63 70.

© M.ª Teresa Cortés.
Diseño edición: Carmen Peralto.
Impreso en España.
Printed in Spain.
I.S.B.N. 84-95288-70-2.
Depósito legal: MA-260-01.
Imprime: grafiper. Jaime Serrano, 2. (29014-Málaga). Tlf. 95 225 63 70.

María Teresa Cortés

LA DANZA DEL AGUA

R-45176

6
islas del recuerdo
CORONA DEL SUR
MÁLAGA, 2001

Soslayó la porfiante lluvia racheada que le atrapaba el rostro y zancadilleaba el paso, cobijándose en una estación de encuentros y de fugas. Transeúntes solitarios se evitaban los ojos observando sus billetes de ida. Él llevaba noche subida en la mirada, la detuvo en el impuntual reloj que todos acechaban, pero tuvo la gozosa visión de recrear en las agujas las piernas de Liza.

Ya remansada la lluvia, la calle de charol te brindó la huida. En un jardín oculto por la frondosidad de los magnolios, se recostó con anhelos de fresas en los labios.

La noche se cerró dejando tibieza de luz por las esquinas.

Se adormeció oyendo crecer la grama.

En el silencio largo que preludiaba la madrugada codició anhelos nuevos. Sensaciones dulces le asediaban la piel. Haciendo memoria de un rostro se concedió sin límite al fervoroso encuentro que le permitió el sueño, e insistió añorante ofrecerse nuevamente a la fascinación que parecía susurrar el viento.

Consiguió por fin cesar el tiempo y mantenerlo retenido porque la pasión le atribuyó la fuerza.

Sus manos inquietas exhibían caricias como pétalos.

De sueño en sueño, en aquel jardín de seducción intentó poseerla para siempre.

Las luces rítmicas que perforaban la arboleda le arrebató desprevenido la emoción, dejándole despierto y solo frente a sí mismo.

El amanecer le concedió todos los espejos para contemplarse.

Una gaviota profetizaba la cercanía del mar. Los ecos del oleaje le condujeron a la deriva hasta encontrarse frente a frente al gran contemplado. Y oyó todas las voces ocultas, todas las músicas, todos los naufragios al unísono. La vehemencia de sus arrebatos azules, tanta inquieta desmesura te soliviantó hasta el quebranto. Arrodillado en la arena se ofreció una almorzada de espuma bautismal y lloró emocionado lágrimas azules.

Ya con el ánimo celebratorio jugó con las olas esquivas que borraban su nombre.

Quiso reconocer en la línea del horizonte el paseo de un dios equilibrista.

Paseando la orilla le concedió a la nostalgia más de la mitad del tiempo. Se sintió melancólico, pero afianzado como una torre vigía. Observó el destino del viento, la ruta sincronizada de las gaviotas, la desmesura azul que abarcaba sus brazos.

Observó cómo una mujer pactaba con las sombras profundas la consecución de las estrellas. Argumentó el mar su negativa, pero la mujer, desnuda, era ya luz blanca sobre la danza del agua.

Fatigado de lejanía se marchó con las luces de la tarde ya sentenciadas.

La ciudad le ofreció sus atributos. Rayando el alba, ebrio de jazz y de humo aspiró ampliamente el silencio de la calle en penumbra. Esquivó de las esquinas propuestas de paraísos miserables. Huyó de los asedios amparándose en un café que asomaba al río. Desde allí contempló su cansino fluir, y el puente pacificador que mediaba las dos orillas.

Intercambio de sombras. Vaivenes de auroras y soledades. Alguien suicidó un recuerdo hundiéndolo en la profundidad del légamo.

Más tarde hubo intercambio de miradas y él, entonces, escribió poemas del amor que no niega. Le quedó una ausencia atestada como de palomas aleteando su contorno. Hasta que llegó la lluvia quejumbrosa arrasando la festividad de la mañana.

En la calle, el agua le desorientó el rastro.

Se dijo: bienaventurado yo porque te amo.

Dioses mitológicos tomaron los espacios proclamando largos y fantásticos discursos. Merodeaban por las fuentes y templos reconociéndose hasta quedar atrapados en textos verosímiles.

De las obras salían sus personajes. De los escenarios sus intérpretes. De los museos sus fantasmas...

Intuyó su soledad en la multitud. En la percepción cálida de octubre bajo datileras reverenciales le sobrevino la duda: ¿Acaso son sueños?

Llovió como al principio. Y como al principio el poeta estaba solo.

Insistió la lluvia su música antigua arrastrando acordes por el río.

Permanecía en continua vigilia argumentando coherentes respuestas a sus impetuosas preguntas. Atento siempre a conspiraciones y beligerancias que atisbaba en el gesto depredador de las sombras.

Él se ofrecía en los ojos de la misma manera que en sus textos. Desde la autenticidad desplegó una pancarta reivindicativa con un hermoso caligrama.

Las avenidas se inquietaron de hojas doradas que como poemas tomaron senderos extraños y solitarios.

Arremolinadas en un recodo, abrigó a un mendigo.

En una fogata ardieron y se elevaron mitos y dioses dorados.

La alumbrarada le reveló algunos secretos de la noche.

Como un rastreador de indicios continuó la búsqueda incesante. Introducía su mirada indagatoria hasta profanar el secreto de los abismos y de los ángeles. Analizaba los instantes y los abría como una granada para averiguar la autoría del color.

Inventaba la tarde largamente para ampliar su universo de metáforas y argumentos.

Percibió un mensaje en la espesa incertidumbre de la niebla. Con la urgencia del rayo buscó en los calendarios las ausencias y se dejó abatir por la nostalgia. Escribió paladeando la dulce armonía de un nombre.

No hubo desolación en la despedida. Volvió a marcharse hacia las encrucijadas; para caminar contra corriente; para defender la inocencia de las rosas.

El mar tenía entonces un color tirando a noviembre.

La ambigüedad de la luz mostraba devaneos con los espejos olvidados de la lluvia. Él deambulaba entre tiempos cesados por treguas indefinidas. Y regresó al andén de los impulsos. Los asombros, en las vías, jugaban a ser funambulistas. Se marchó, llevándose consigo el rumor de los silenciados.

Proyectaban cabaret. Recobró a Liza y volvió a sucumbir ante el lascivo exceso de sus piernas.

En la ciudad confusa, enigmática, los paisajes acababan ocultándose como la luna. En sus calles bulliciosas predominaban los silencios. Volvió a recrearse en los espejos y deseó volver a estar vivo para pasear en primavera donde redundan las aspiraciones y los presagios. Para retomar el camino blando de la orilla y dejarse apoderar por la letanía franca de las olas.

Recostado en la arena barruntó la solidaridad de las voces interiores. Sus ojos se ocuparon de mar.

Antes de que el sol se despeñara tras la vaguada de quejigales, alguien le preguntó tras de sí: ¿En qué piensas?

Seducido por las estrategias de la piel y sus rutas clandestinas, liberó una lucha hasta caer abatido en falsas y dulces muertes. Había accedido victorioso al carmín absorbiendo todas sus frutas.

Regresó del frenético temporal ya remansado con el cansancio del náufrago Otra vez la soledad del tiempo. Ella era ya memoria y verso.

Herido por nácares y corales erosionados paseó la mar en un acto de fe y de huida, internándose en sus paisajes inventados: los paisajes de Serot.

La caricia de una ola le curó amorosamente los estigmas.

islas del recuerdo

TÍTULOS PUBLICADOS:

1 • Antonio Garrido: *Seis poemas de la Habana.*
2 • Carmen Peralto: *Torre Gálata.*
3 • José García Pérez: *Aquellas verdes algas.*
4 • Víctor Corcoba: *La religiosidad en la vida y obra de Federico y un gracias Federico...*
5 • Dimas Coello: *La noche de los caracoles.*
6 • María Teresa Cortés: *La danza del agua.*

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN GRAFIPER, DE MÁLAGA, EL DÍA 9
DE ABRIL DEL 2001.

LAUS ✠ DEO